

INHÓSPITOS MONEGROS

Por Juan Herranz

1- DE VIAJE

– Ese maldito pueblo no aparece por ningún sitio – Aclaró intranquilamente Silvia mientras maniobraba con la guía de carretera desplegada.

– Podías ponerte detrás a consultar el mapa, al final vas a terminar por anularme la visibilidad.

– Da igual, por mucho que estire el mapa no encontraremos donde estamos. No sé que es lo que ha pasado con la civilización.

Silvia habló irónicamente arrojando el mapa al asiento de atrás. Una vez que tuvo las manos libres se secó el sudor de la frente y aferró una alta coleta con su largo cabello rubio, buscando que la corriente aliviara su cuello del abrasador calor.

Hacía rato que aquel viaje había dejado de ser una aventura en el Ford Escort sin aire acondicionado de Rubén. Silvia apenas recordaba la sonrisa con la que había partido a las ocho de la mañana para atravesar los Monegros profundos.

– Creo que no estás muy positiva – aclaró Rubén en su habitual tono conciliador.

“Creo que eres gilipollas” pensó ella mirando de soslayo a su novio. El chico también se extinguía en sudor, fruto del intenso sofoco. Silvia imaginó que él aguantaría mejor ese calor asfixiante debido a su piel morena, pensando en un silogismo rudimentario que le rondó la cabeza, justificando que en África sobrevivían mejor los negros.

– Esto es una sauna, Rubén. Tal vez debiéramos volver por donde hemos venido hasta llegar a alguno de los pueblos que hemos dejado atrás.

– No sé ni hacia donde voy. Como para saber regresar.

– Pues a mi me va a dar algo aquí. En serio, no soporto más este calor.

– Por lo visto al coche tampoco le gusta mucho.

El viejo Ford pareció el primer afectado serio de aquella ola de calor. El motor comenzó a emitir un ruido silbante, como de un escape.

– No me digas que...

– Exacto. Creo que no va a dar mucho más de sí. No me fío de ese ligero humo que empieza a salir – Rubén se atrevió a dedicar una sonrisa a Silvia. Desde su frente, naciendo espontáneamente entre su cabello, las gotas de sudor descendían haciéndose fuertes en la pendiente. - No me mires así, cariño. No pasa nada. Para algo están los seguros.

Rubén detuvo el coche en la cuneta de la carretera, ante el silencio tenso de Silvia. En cuanto se detuvieron, la chica escapó del espacio claustrofóbico del Ford para comprobar que fuera todavía era peor. En el exterior el sol caía a plomo, el amplio páramo en derredor no entendía de sombras ni refugios.

– Bueno, voy a llamar a la grúa. Tan sólo tendremos que esperar. – Aclaró Rubén mientras cerraba la puerta del conductor.

Silvia trató de respirar hondo para tranquilizarse, aunque la canícula le provocó un intenso ahogo. Recordó que se encontraban en Huesca. No mucho más lejos se encontraban los Pirineos, repletos de maravillosos bosques sombríos y frescos. Sin embargo, para ella Huesca iba a asociarse siempre a aquella maldita ola de calor.

– ...Hola, buenos días. Le llamo desde una carretera comarcal. Tenemos una urgencia, se nos ha parado el coche y no sabemos exactamente donde estamos. Como no tengo cobertura para llamar a la grúa he decidido llamarles al 112. Hemos salido de Lérida hace algo más de dos horas y nos hemos extraviado. Nos dirigíamos al balneario de Bertas, pero no sé, me desorienté...Creo que ha sido por el calor.

Silvia escuchó a Rubén boquiabierta. Acababa de descubrir que se encontraban en un lugar tan remoto que sólo había cobertura para llamadas de socorro.

– No sé. – Rubén giró sobre sí mismo con el móvil pegado a la oreja izquierda y la mano derecha extendida – Pasamos por Monzón hace un buen rato. No he controlado la hora que era. Hemos tomado un desvío hacia... ¿Cómo se llamaba ese pueblo de la fábrica

abandonada, Silvia?

– Algo así como Matrida, o Matima...

– Dice mi novia que ese pueblo se llamaba Matrida o Matina. – Rubén pasó su mano libre por la frente y se limpió el sudor en el pantalón vaquero.

– ¿Cómo que cuelgue? Por favor, señorita, le digo que estamos perdi...

– Bueno. Vaya cosa, ¡lo último que me quedaba por ver!. No me digas que te han colgado en emergencias – Criticó Silvia al ver a su novio cortado - Habrán pensado que es una broma. Fantástico. Te explicas muy bien, Rubén. Tal vez debieras haber comentado que vamos sufrir una inminente insolación. Así habrían mandado un helicóptero o algo.

– Por favor, Silvi. No sé que pasa, no es normal lo que me ha dicho la telefonista. ¿Qué está pasando aquí? – Rubén miró enfadado su móvil y lo arrojó dentro del coche. Dentro de su habitual medida, su gesticulación se notaba fuera de lugar.

– Tengo la sesera a punto de estallar como una olla express. Piensa tú si quieres, yo estoy a punto de combustión. - Silvia se apartó del coche unos segundos, dando lánguidos pasos, adentrándose unos metros hacia el páramo. No imaginó que se arrepentiría tanto de esa, aparentemente, insignificante acción.

Cuando se giró de nuevo para proferir una nueva protesta sólo el viejo Ford la esperaba con su indiferencia innata. Sobre el capó un ligero humo todavía ascendía levemente hacia el cielo en brasas.

– ¿Rubén? – preguntó Silvia notando su voz atravesar el aire lentamente, en una corriente de aliento tan caliente como ese maldito bochorno.

Dio la vuelta al coche, y otra vuelta más, imaginando una broma que para nada iba con su sensato novio. Anduvo unos metros hasta el arcén contrario para comprobar que Rubén no estuviese tumbado bajo el ligero peralte de la carretera. Miró al frente, a su espalda y a ambos lados. Volvió a respirar hondo, anduvo despacio y acabó apoyándose sobre la puerta del copiloto, esperando que aquella extraña pesadilla, ese incómodo susto, cesara al chasquido de unos dedos. Nada ocurrió. Silvia comenzó a sentir las gotas de sudor cayendo por su espalda,

despeñándose desde sus axilas.

Volvió a llamar a su novio, esta vez a voz en grito. Nada, absolutamente nada. Tan sólo tierra, sol y aquel Ford estropeado. Silvia juró, a voz en grito, con sus primeras lágrimas nacientes, que si se trataba de una broma, Rubén se iba a acordar toda su vida.

Con aquella furia impetuosa, se dirigió al coche, se situó en el asiento del conductor que ardía como sentarse en un brasero y arrancó. Anduvo en primera marcha mirando a ambos lados, esperando que Rubén asomara desde un escondite imposible, la planicie constituía toda la existencia en kilómetros a la redonda.

Silvia aceleró, metió la segunda marcha, aceleró más y metió la tercera. El viento creciente empezaba a arrastrar sus lágrimas desesperadas hacia sus sienes. El Ford se quejaba con un acusado olor a quemado, pero el pie de Silvia manejaba toda la voluntad de su persona mientras sus pensamientos trataban de tomar orden desde el remolino de los últimos acontecimientos extraños.

Desde que se detuvieron porque el coche estaba a punto de reventar, nada había sido normal. La llamada a emergencias, la sorpresa de Rubén ante la negativa del 112 y al final su desaparición.

Mientras seguía conduciendo por inercia, el teléfono de su novio sonó a su lado. Estiró su mano y lo cogió y apretó la tecla verde:

– Hola. Buenos días, le llamamos del servicio 112. Han llamado ustedes antes al servicio cuando no tenían cobertura. Hemos hecho un seguimiento a su número y hemos podido comprobar que han vuelto a entrar en zona de red convencional. ¿Se encuentran ustedes bien?

– No sé que ha ocurrido. Mi novio ha desaparecido. Nos habíamos detenido, el coche no funcionaba.

– Pero...

– No, no. Dos segundos. Fueron dos segundos los que dejé de mirar a Rubén y...no lo entiendo.

– ¿Desapareció?

– Sí. Mi novio se esfumó. ¡Demonios, es imposible! ¿Pero cómo lo saben? ¿Cómo suponen tan rápido que ha desaparecido? – Silvia frenó secamente haciendo chirriar las ruedas.

– Tiene usted que tranquilizarse. Ahora mismo la tenemos localizada por el satélite. Tan sólo tiene que esperar a nuestro equipo que circula en sentido contrario a su encuentro.

Silvia arrojó el teléfono al asiento del copiloto e inclinó su cuello hasta apoyar su cabeza contra el volante. Todo su torso se agitaba a espasmos por el desalentado llanto. El berrinche persistió por un tiempo hasta que un todoterreno rebasó al coche, dio la vuelta y se dispuso en paralelo.

– Señorita. Por favor, debe venir con nosotros. Debemos averiguar qué es lo que ha pasado.

Silvia levantó sus ojos enrojecidos y contempló el rostro amable de una mujer. Su negro pelo corto y sus duras facciones le despistaron en un primer instante. Sin embargo el leve maquillaje, la suave fisonomía y su mirada delicada, despejó todas sus dudas sobre su feminidad.

– ¿Qué ha ocurrido? ¿Ustedes lo saben, verdad? No quisieron atender la llamada de mi novio, y pronto han supuesto que él se ha esfumado. ¡Tienen que contarme que ha pasado y encontrar a Rubén de una vez!

Ante el progresivo ataque de nervios, aquella mujer llamó a sus compañeros. Mientras extraían a Silvia del coche, la policía se sorprendió por la rapidez en que la chica había atado cabos. Una chica inteligente, sin duda.

2- EN EL HOSPITAL

Cuando Silvia despertó de su shock, se dejó llevar por una primera adaptación sensorial. Valoró positivamente el agradable frescor. Aunque pronto su raciocinio sobrepasó a

sus sensaciones. No sabía donde se encontraba, yacía sumida en una relajación muscular que no se correspondía con la aceleración que iban adquiriendo sus pensamientos.

Sus ojos recorrieron la estancia, algo muy parecido a una confortable habitación de hospital. Al girar lentamente la cabeza hacia su derecha, comprobó que la mujer de pelo corto seguía con ella.

– ¿Qué tal se encuentra, Silvia? – se interesó la extraña con su voz suave, como una amable comadrona que sonríe a la nueva madre.

– ¿Dónde estoy? – Antepuso su pregunta ella, considerando que las primeras preguntas le correspondían a ella.

– Está usted en un centro médico de Zaragoza. La hemos desplazado rápidamente hasta aquí para que fuera atendida médicamente.

– ¿Y Rubén? ¿Han localizado a Rubén? – Pese a la creciente ansiedad que empujaba a Silvia a incorporarse, su cuerpo aletargado no quería moverse. Pensó que había sido sedada. Pese a la negativa de sus músculos, hizo un esfuerzo, apoyó sus brazos con fuerza sobre la cama y se apoyó en la cabecera de la cama. Con tal acción descubrió que, pese a la flojera, su corazón latía fuerte y empezaba a distribuir por su cuerpo nuevas energías.

– Precisamente de eso queríamos hablar contigo. No sabemos qué es lo que puede haberle pasado a tu novio.

Silvia miró con suspicacia a la desconocida.

– Mire, sé que algo está pasando, primero porque usted no es una doctora y no me deja ni a sol ni a sombra. Hay muchas cosas que no entiendo. Ya se lo dije, Rubén estaba extrañado por el comportamiento del 112 antes de desaparecer. Y ustedes ya parecían saber que...

– Soy Amalia Godoy, policía nacional del Grupo Operativo Especial de Seguridad. Sabíamos lo que había pasado porque no es la primera vez. – Aquella agradable mujer tomó la palabra con firmeza, cortando a Silvia, mirándola fijamente para tratar de tomar las riendas de la conversación – Es un fenómeno extraño que ocurre en esa zona. Por eso debemos saber

más sobre cómo desapareció su novio.

– Es una majadería. Deben buscarlo por esa zona. Deben tener ustedes medios, aparatos, tecnología de rastreo, mil cosas.

– Sé que parece una locura, Silvia, pero no es un caso único. Por eso estábamos preparados. Cuando su novio llamó al servicio de emergencia, su llamada la desviaron directamente a nuestro departamento. Tenemos razones para creer que algo, alguien interfiere en esas comunicaciones, por eso se intentó cortar la llamada, pero por lo visto ya era demasiado tarde

– Yo no sé nada de todo eso. Por favor llévenme con mi familia. – Silvia finalmente estalló en un llanto. Se había forzado al máximo, durante todo el tiempo había intentado anteponer su carácter fuerte al agotamiento de la incomprensión, pero al final se había venido abajo. Las inauditas explicaciones de Amalia acabaron por echar su estabilidad por tierra.

– Está bien. Le llevaremos a casa. Pero le daré mi número de teléfono. Le rogaría que cualquier detalle que recuerde, me llame.

3- DE VUELTA A CASA (MESES DESPUÉS)

– Por favor, Silvi, no llames. No deben saberlo.

– Tienes que contarles todo esto, Rubén. Yo no puedo esconder más este secreto. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a tu desaparición. Hoy apareces y quieres que tan sólo te dé un abrazo de bienvenida y olvide todo. No puedo Rubén, no puedo.

Silvia había recibido a su novio en la puerta de su casa, un comfortable adosado ubicado en la zona residencial “El Pla” de Lérida. Después del considerable susto que se llevó la chica dejó que su novio entrara y lo condujo al salón. Ambos se sentaron en el sofá central.

Rubén la observó, estaba hermosa, como siempre. El contorno de sus ojos castaños se nublaban un poco con el telón de las ojeras, estimó aquel detalle como demostración de afección, de añoranza y el vello de su piel se erizó bajo su camisa. El cabello rubio de Silvia

pendía desmadejado, falto de su peluquería semanal, había abandonado su rutina durante la ausencia.

Mientras la miraba cariñosamente, Rubén extrajo el teléfono de las manos de su novia y lo echó al otro lado del sofá. Silvia contempló el suave gesto de su novio sin poder emitir ningún reproche más. ¿Qué le iba a reprender si lo había echado tanto en falta?

– No tienes nada que aclararle a esa gente. – Rubén se acercó hasta su chica y acarició su rostro – Lamento tanto tu sufrimiento... Pero yo te explicaré todo, mi amor. He hecho un viaje mágico, maravilloso. He conocido muchas cosas.

– Pero ellos sabrán que has vuelto. Vendrán a hacerte preguntas.

– Mentiré. Y tú también debes mentir. Ya pensaremos algo. Nadie, salvo tú y yo, puede conocer la verdad.

– ¿Cuál es esa verdad, Rubén? – Silvia empezaba a sentir un nuevo e incipiente sentimiento apoderándose de todo su ser: La curiosidad.

– Fui abducido, mi amor. Hice un viaje..., cómo decirlo, más allá de las estrellas. – Rubén se aproximó todavía más a su novia y recostó la cabeza de ella contra su pecho acariciando su cabello. – Ellos saben mucho más que nosotros. Son más inteligentes. Nos están estudiando, nos utilizan, nos examinan, pero no son belicosos, su única motivación es el conocimiento. Ya saben casi todo de nosotros, pero aún tiene una parcela desconocida, quieren saber cómo funciona nuestro cerebro. Yo sólo fui una muestra más.

– ¿Por qué tú, mi amor?

– Casualidad, nada más que pura casualidad. Ellos me lo explicaron todo. Es tan simple – Rubén rió, soltando nasalmente un bufido – Se lo ponemos muy fácil. Cuando no hay cobertura y llamamos al 112 contactamos con un satélite que centraliza este tipo de llamadas. Pero ese satélite no es el único receptor. Cuando ellos detectan este tipo de llamadas comprenden una cosa: Humanos en solitario. En ese mismo momento se lanzan a nuestra captura. Tú te apartaste unos metros y los esquivaste. Eso fue todo, Silvi.

– Menos mal que has regresado, cariño. – Declaró Silvia entre lágrimas de emoción,

anteponiendo la escala de los hechos importantes en aquella inverosímil historia.

- Nunca lo dudé, Silvi. Me transmitían un continuo mensaje pacificador, una sensación de confianza. Siempre supe que me traerían de vuelta.

Autor: Juan Herranz; Zaragoza, España.

Relato inédito.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.